

PUERTO RICO EVANGÉLICO

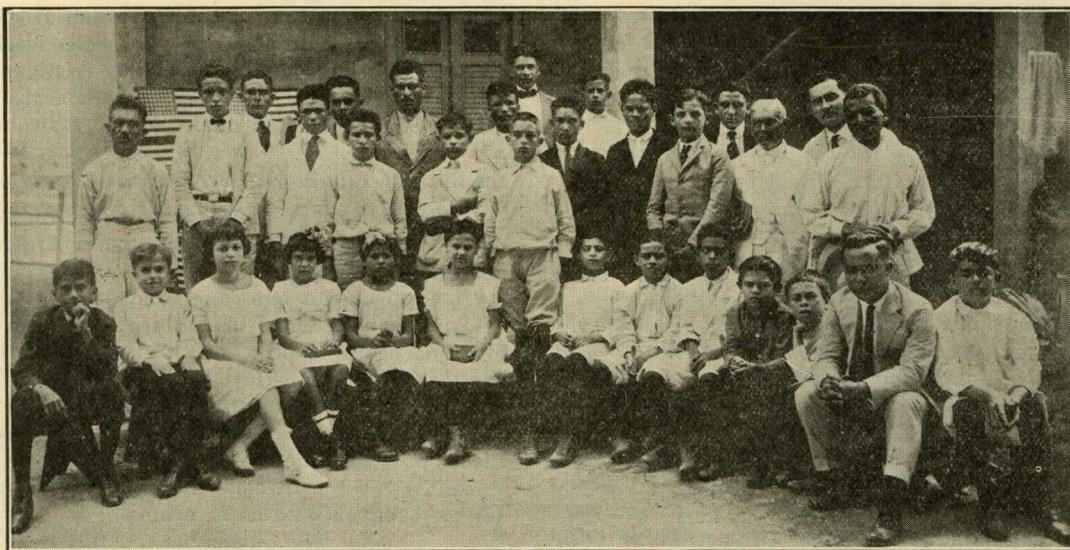
Pro Christo



Año XII

Ponce, Puerto Rico, Febrero 25, 1924

Núm. 16



Grupo de personas que fueron recibidas como miembros de la Iglesia de Isabela, en un servicio celebrado recientemente.

da y próxima paz. Cuando Alemania y sus aliados capitularon al firmar el armisticio de noviembre 11 de 1918, Wilson corrió a Europa lleno de fe, confiado en hacer un tratado de paz, que por sus estipulaciones justicieras no hubiera ni vencidos ni vencedores. Recorrió todas las capitales de los países aliados en procesión triunfal aclamado estruendosamente por las masas populares. Al sentarse en la mesa diplomática de Versalles, su corazón fué decepcionado por los egoísmos y ambiciones de los representantes de aquellos otros países que no habían ido a la lucha por ideales, como los que profesaba el suyo. Tuvo que plegarse, abandonado por sus paisanos, a transar con los aliados sacando el mejor partido posible en favor de sus ideales generosos. Firmada la paz, y aprobado el plan más idealístico que para conservar la paz ha podido concebirse, (la Liga de Naciones) regresó a su patria.

Habiéndose negado el Senado a aprobar sus actuaciones, lanzóse por toda la nación a pronunciar discursos en favor de la Liga de Naciones y de la ratificación del Tratado de Versalles. Estando en este recorrido le sorprendió un ataque de parálisis que le obligó a recluirse en cama, imposibilitándole en sus funciones presidenciales. En 1921 abandonó la Presidencia para recluirse en el santuario de su hogar, alejado de la vida pública, pero manteniendo vivo en su corazón el fuego santo de sus ideales.

En la mañana del domingo 3 de febrero de 1924, entregaba su vida al Creador el varón justo y noble, que un día antes de morir, como buen cristiano, esperando su muerte tranquilo y sonriente, decía a su médico: "Ya estoy listo para marchar."

Hogar y Escuela

Dirigido por Abelardo M. Díaz Morales

CAPITULO II.

LO QUE ES EL HOGAR.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

El hogar no consiste en una casa más o menos bien arreglada. De ahí que alguien ha dicho: "El hogar no se forma únicamente de cuatro paredes en cuadro, adornadas con pinturas en marcos dorados. El hogar está donde está el cariño; el hogar es un relicario que ha construido el corazón."

Tampoco el hogar es un grupo heterogéneo de personas. Si así fuera, los cuarteles, los hoteles, y los barcos serían vastas colecciones de hogares.

El hogar, imperfectamente definido, es un grupo de personas que, unidas por el lazo de la sangre, que se llama el parentesco y por el lazo del espíritu, que es el amor, viven bajo un techo común. De estas tres unidades, la de la carne, la del espíritu y la de la vivienda, tenemos una perfecta comunidad social, una verdadera entidad moral. Sus miembros están unidos como los del cuerpo. Comunes son las tristezas, las alegrías, los temores, las esperanzas, las luchas, las derrotas y los triunfos. La ley que gobierna esta diminuta sociedad es la

solidaridad humana, la que se puede formular así: el bien y el mal del todo redundan en el bien y en el mal de las partes o vice-versa. Cuando el todo sufre, las partes sufren; cuando éstas gozan, aquél también goza.

El hogar es un suelo donde todos depositan el mismo grano. El hogar es un ejército en el que todos pelean por la misma causa. El hogar es un taller donde todos hacen la misma obra. El hogar es una escuela en la que todos aprenden la misma lección. Por último, el hogar es un templo donde todos elevan la misma oración y entonces el mismo himno.

Allí donde no existe una triple comunidad de intereses, de esfuerzos y de aspiraciones, no hay realmente un hogar.

Siendo el hogar una comunidad, las relaciones que existen entre sus miembros han de ser las del compañerismo. El hombre no tiene derecho de tratar a la mujer como una esclava y al niño como un paria. La esposa es su compañera; los hijos son sus camaradas, sus amigos más íntimos. Por tanto, el padre que goza de la compañía de sus hijos en la oficina y de su esposa en el templo, debe solazarse tomando parte en los juegos de sus hijos y en las conversaciones de su esposa.

La dirección de un hogar, como el gobierno de una democracia, debe tener en cuenta, no el capricho del director, sino el bien de sus dirigidos.



FUERZA Y RAZON.

Por F. Rodríguez López, Inspector de Escuelas.

Los libros de texto en nuestras escuelas públicas están llenos de anécdotas que pintan patéticamente la altivez, la veracidad, el heroísmo..... y esto se hace indudablemente, no para que nuestros niños aprendan esas cosas de memoria, y las reciten cuando llegue el caso; sino para que se apropien y practiquen tan bellas cualidades, para que sean altivos, héroes..... en los momentos oportunos de la vida.

¿Lo creen así nuestros maestros? Parece que no: el caso que transcribo prueba que estamos condenados al servilismo eterno.

Escuela X. Once y media de la mañana. Salen los niños, todos descubiertos, en fila muy correcta. Dos de ellos se calan el sombrero antes de tiempo.

Maestro vigilante—¿Por qué se han puesto Uds. el sombrero? Han debido esperar haber salido completamente del edificio.

Niños—No creíamos haber hecho mal: el maestro H. se lo pone en el salón de clases, y.....

En el acto ambos niños quedan suspendidos del beneficio mayor que puede brindar una escuela—la asistencia a clases; y, más tarde, son condenados a retractarse públicamente de la verdad dicha, porque esa verdad públicamente ofendía al maestro H.

Un niño se retracta, y vuelve a ocupar su puesto en la escuela querida (primera lección de hipocresía). El otro no se retracta, y queda ipso facto expulsado de la escuela querida, por el grave delito de haber dicho una verdad, y haberse atrevido a sostenerla.



En nuestras escuelas de hoy, lo que el niño dice o hace, es bueno o es malo, sin término medio, según la opinión personal del maestro; porque éste funcionario cree que